

JANE AUSTEN

El castillo de Lesley

CLÁSICOS DEL FONDO



FUNAMBULISTA



El castillo de Lesley

Jane Austen

El castillo de Lesley
y otras historias de juventud

Traducción de Celia Turrión Penelas



Primera edición: mayo de 2008
Segunda edición: marzo de 2012
Tercera edición: mayo de 2014
Cuarta edición: mayo de 2019

Título original: *Lesley Castle*

© de la traducción, Celia Turrión Penelas, 2008
© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2008
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

ISBN: 978-84-939045-8-6
Dep. Legal: M-7933-2012

Coordinación editorial: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: Giovanni Boldini, *Gertrude Elizabeth, Lady Colin Campbell*, hacia 1897, National Portrait Gallery, Londres

Impresión: Gohegraf

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

Nota del editor



Lo que escribía la adolescente Jane Austen

Estas diez obras de juventud —de adolescencia deberíamos decir— fueron escritas en su mayoría entre la adolescencia y el final de ésta, y están recogidas como manuscritos en tres cuadernos que Jane Austen llamó «volúmenes» y numeró del I al III. La mayoría de los textos cabe situarlos entre 1787 y 1793, esto es, cuando Jane Austen tenía entre doce y dieciocho años; aquí hemos querido dar a conocer piezas realmente muy tempranas junto a otras algo más evolucionadas y revisadas con el criterio de una escritora que —aunque todavía inédita— podía ya considerarse una novelista en ciernes. No olvidemos que Jane Austen escribió *Juicio y sentimiento* en 1797, cuando sólo tenía veintidós años.

Estos pequeños textos jamás fueron publicados en vida de la autora, y fue menester esperar hasta 1922 para que un editor se decidiera a publicar

parte de ellos, concretamente los que conforman el volumen II. Posteriormente, R. W. Chapman, al que aún hoy se considera la máxima autoridad en genética textual de las obras de Austen, publicó el volumen I en 1933 y el III en 1954. En nuestra traducción se ha optado por la edición de Chapman en su última revisión de 1988 de las obras completas de la autora aparecida en Oxford University Press.

El presente libro incluye sólo textos de los volúmenes I y II, es decir los más tempranos de la autora, entre los que se encuentran cinco textos rigurosamente inéditos en español como son *Frederic y Elfrida*, *Mister Harley*, *Sir William Montague*, *Amelia Webster* y *La visita* (todos ellos escritos entre 1787 y 1790). También pertenecen a este periodo *Jack y Alice* así como *Henry y Liza*.

La sátira *La Historia de Inglaterra* es de 1791, y tanto la novelita epistolar *Lesley Castle* como *Las tres hermanas* son de 1792.

El editor

Frederic y Elfrida



A LA SEÑORITA LLOYD

Mi querida Martha:

Como breve testimonio de la gratitud que siento por su reciente generosidad hacia mí, acabando mi capa de muselina, pido permiso para ofrecerle esta pequeña producción de su sincera amiga,

La autora

Capítulo uno

El tío de Elfrida era el padre de Frederic; en otras palabras, eran primos hermanos por parte de padre.

Habiendo nacido los dos el mismo día, y habiendo ido a la misma escuela, no era extraño que sintiesen por el otro algo más que simple cortesía. Se amaban con mutua sinceridad, pero ambos estaban decididos a no transgredir las reglas del decoro consumando su afecto ni con el objeto amado ni con nadie más.

Eran extremadamente guapos y tan parecidos entre sí, que no todo el mundo podía diferenciarlos. Ni siquiera sus amigos más íntimos podían distinguirlos por nada que no fuese la forma de la cara,

el color de ojos, el tamaño de la nariz y la diferencia en el cutis.

Elfrida tenía una íntima amiga a quien, en una visita a una tía suya, escribió la siguiente carta:

A LA SEÑORITA DRUMMOND

Querida Charlotte:

Te agradecería que me comprases durante tu estancia con la señora Williamson un nuevo gorro a la moda, que le siente bien al cutis de tu

E. Falknor

Charlotte, en cuyo carácter prevalecía la voluntad de hacerle favores a todo el mundo, cuando volvió a la ciudad le llevó a su amiga el gorro deseado, y así acabó esta pequeña aventura, para gran satisfacción de todas las partes.

En su regreso a Crankhumdunberry (dulce pueblo del cual su padre era el párroco), Charlotte fue recibida con la mayor de las alegrías por Frederic y Elfrida, quienes, tras abrazarla el uno y la otra alternativamente, le propusieron dar un paseo por una alameda que iba desde la casa del párroco hasta un prado verde esmaltado con una amplia variedad de flores coloridas y bañado por un arroyo ondeante que llegaba del valle de Tempé a través de un paso subterráneo.

Llevaban apenas nueve horas en la arboleda cuando fueron agradablemente sorprendidos al escuchar una voz de lo más encantadora trinar la siguiente estrofa:

CANCIÓN

Que Damon estaba enamorado de mí

Una vez pensé y creí

Pero ahora que veo que no es así

Creo que engañada fui.

Nada más acabar los dos últimos versos vieron por un camino de la arboleda a dos elegantes jóvenes apoyadas la una en el brazo de la otra, las cuales, al verlos, tomaron inmediatamente un sendero diferente y desaparecieron de su vista.

Capítulo dos

Como Elfrida y sus compañeros las habían visto lo suficiente como para saber que no eran ni las dos señoritas Green, ni la señora Jackson y su hija, no pudieron evitar expresar sorpresa ante su aparición; hasta que al final, recordaron que una nueva familia

había comprado recientemente una casa no muy lejos de la arboleda y se apresuraron a volver a casa, decididos a no perder más tiempo y a conocer a dos chicas tan amables y respetables, de cuya familia pensaban acertadamente que formaban parte.

Conforme a tal decisión, esa misma tarde fueron a presentar sus respetos a la señora Fitzroy y a sus dos hijas. Les condujeron a un elegante vestidor adornado con festones de flores artificiales, donde fueron conmovidos por el atractivo exterior y la belleza externa de Jezalinda, la mayor de las jóvenes; pero cuando ya llevaban varios minutos sentados, el ingenio y los encantos que lucían resplandecientes en la conversación de Rebecca les gustaron tanto, que todos saltaron y en un solo acorde exclamaron:

—Adorable y muy encantadora belleza: a pesar de tu amenazadora bizquera, tus grasientas trenzas, y tu espalda abombada, que son más aterradoras de lo que la imaginación pueda explicar y la pluma describir, no puedo abstenerme de expresar mi éxtasis ante las atractivas cualidades de tu mente, que tan ampliamente compensan el horror que tu primera aparición ha de inspirar al incauto visitante.

—Sus opiniones tan noblemente expresadas acerca de las diferentes excelencias de la muselina india e inglesa, y la juiciosa preferencia que ustedes dan a la primera me han causado una admiración de tal amplitud que sólo yo puedo comprender,

y les aseguro que es prácticamente lo mismo que pienso yo.

Luego, haciendo una profunda reverencia a la amable y desconcertada Rebecca, salieron de la habitación y se apresuraron a volver a casa.

Desde este momento la relación íntima entre las familias Fitzroy, Drummond y Falknor se afianzaba día tras día, hasta que al final se consolidó de tal modo que no tenían escrúpulos para echarse mutuamente a patadas hasta la calle a la menor provocación.

Durante este feliz período de armonía, la mayor de las señoritas Fitzroy se escapó con el cochero y la amable Rebecca fue pedida en matrimonio por el capitán Roger de Buckinghamshire.

La señora Fitzroy no aprobó la unión a causa de la tierna edad de la joven pareja, al tener Rebecca sólo treinta y seis años, y el capitán poco más de sesenta y tres. Para poner remedio a esta objeción, se acordó que esperarían hasta que fuesen bastante más mayores.

Capítulo tres

Entretanto, los padres de Frederic propusieron a los de Elfrida una unión entre ellos, y, habiendo

sido ésta aceptada con agrado, se compraron los vestidos de boda y no quedaba nada por fijar salvo el día del casamiento.

En cuanto a la adorable Charlotte, al ser insistentemente importunada para que visitase otra vez a su tía, decidió aceptar la invitación, y como consecuencia de ello, caminó a casa de la señora Fitzroy para despedirse de la amable Rebecca, a la que encontró rodeada de cataplasmas, polvos, pomadas y pintura, con los que estaba intentando, en vano, remediar la fealdad natural de su cara.

—He venido, mi amable Rebecca, para despedirme de ti ya que estoy destinada a pasar quince días con mi tía. Créeme, esta separación es dolorosa para mí, pero es tan necesaria como la tarea que ahora te ocupa.

—Vaya, a decir verdad, mi amor —respondió Rebecca—, últimamente se me ha pasado por la cabeza (quizá sin mucho fundamento) que mi piel no se parece en nada al resto de mi cara, y por tanto he cogido, como ves, pintura blanca y roja, lo que desdeñaría usar en cualquier otra ocasión, puesto que odio el arte.

Charlotte, que entendió perfectamente el discurso de su amiga, era demasiado ecuánime y solícita como para negarle lo que sabía que ella deseaba: un cumplido; y se despidieron como las mejores amigas del mundo.

Con el corazón triste y los ojos llorosos subió a la noble silla de posta que la separaba de sus amigos y de su casa, pero, apenada como estaba, no pensó mucho en la manera diferente y extraña en la que volvería.

Al entrar en la ciudad de Londres, que era donde estaba el domicilio de la señora Williamson, el cochero, cuya estupidez era asombrosa, declaró, y lo hizo sin ningún tipo de vergüenza, ni tampoco compungido, que como no se le había informado, ignoraba totalmente a qué parte de la ciudad tenía que ir.

Charlotte, en cuya naturaleza, como hemos indicado anteriormente, existía un fuerte deseo de agradar a todo el mundo, con la mayor condescendencia y buen humor le informó de que tenía que ir a Portland Place, lo que hizo, como corresponde, y Charlotte pronto se encontró en los brazos de una cariñosa tía.

Apenas se sentaron como normalmente hacían, del modo más cariñoso, en una sola silla, cuando se abrió repentinamente la puerta y un caballero maduro con cara cetrina y un viejo abrigo rosa, en parte intencionadamente, en parte por debilidad, se encontró a los pies de la adorable Charlotte, declarando su afecto por ella, y suplicando su compasión del modo más conmovedor.

Al no ser capaz de hacer desdichado a nadie, accedió a ser su esposa, con lo cual el caballero salió de la habitación y todo quedó en silencio.

Sin embargo, el silencio duró poco tiempo, ya que la puerta se abrió por segunda vez y, un joven y apuesto caballero con un abrigo nuevo azul entró y le suplicó a la adorable Charlotte permiso para presentarle sus respetos.

Había algo en la apariencia del segundo extraño que inclinó a Charlotte hacia él, al menos tanto como la aparición del primero: no podía explicarlo, pero así era.

Por tanto, habiéndole prometido, de acuerdo con eso y el carácter natural de su mente de hacer feliz a todos, convertirse en su esposa a la mañana siguiente, él se despidió y las dos damas se sentaron a cenar una tierna liebre, un collar de perdices, una correa de faisanes y una docena de pichones.

Capítulo cuatro

Hasta la semana siguiente Charlotte no recordó el doble compromiso que había adquirido; pero cuando lo hizo, la reflexión sobre su pasada insensatez operó con tanta fuerza en su mente, que decidió ser culpable de otra mayor, y con tal propósito se tiró a un profundo arroyo que transcurría a través de las agradables arboledas de su tía en Portland Place.

Flotó hasta Crankhumdunberry, donde la recogieron y la enterraron; el siguiente epitafio, compuesto por Frederic, Elfrida y Rebecca, fue colocado en su tumba:

EPITAFIO

*Aquí yace nuestra amiga, quien prometió
que con dos se casaría,
su dulce cuerpo y su adorable cara tiró
al arroyo que a través de Portland Place corría*

Estos dulces versos, tan patéticos como hermosos, nunca fueron leídos por nadie que pasara por ahí sin un baño de lágrimas; si no te las provocan a ti, lector, tu alma debe de ser indigna de ellos.

Una vez efectuado el último y triste oficio a su difunta amiga, Frederic y Elfrida, junto con el capitán Roger y Rebecca regresaron a casa de la señora Fitzroy, a cuyos pies se tiraron todos a una y se dirigieron a ella del siguiente modo:

Señora:

Quando el dulce capitán Roger se dirigió por primera vez a la afable Rebecca, usted sola puso objeciones a su unión a causa de la tierna edad de las partes. Ese pretexto ya no sirve, habiendo expirado hace siete

días, junto con la adorable Charlotte, desde que el capitán le habló por primera vez del asunto.

*Acceda pues, señora, a su unión y, como recom-
pensa, esta olorosa botella que encierro en mi mano
será suya, y suya para siempre; no lo diré dos veces.
Pero si rechaza unir sus manos en un plazo de tres
días, este puñal que encierro en mi mano izquierda
será hincado en la sangre de su corazón.*

Hable pues, señora, y decida su suerte y la de ellos.

Esta gentil y dulce persuasión no pudo dejar de lograr el efecto deseado. La respuesta que recibieron fue ésta:

Mis queridos y jóvenes amigos:

*Los argumentos que habéis utilizado son muy
justos y demasiado elocuentes como para resistirse;
Rebecca, en un plazo de tres días te unirás al capi-
tán.*

Este discurso, que no pudo ser más satisfactorio, fue recibido por todos con alegría; y, habiendo recobrado la paz todas las partes, el capitán Roger rogó a Rebecca que le honrase con una canción, conforme a cuya petición, y habiendo primero asegurado que tenía un terrible resfriado, cantó de este modo:

CANCIÓN

*Cuando Corydon a la feria acudió
le compró a Bess una cinta rosa
con la que sus cabellos rodeó,
lo cual le hizo estar muy orgullosa.*

Capítulo cinco

Al cabo de tres días se produjo el enlace entre el Roger y Rebecca, e inmediatamente después tuvo lugar la ceremonia en el carromato que iba a la casa del capitán en Buckinghamshire.

Los padres de Elfrida, aunque hubieran deseado realmente verla casada con Frederic antes de morir, sabiendo que su estado de ánimo no podría soportar ni el menor esfuerzo, y juzgando acertadamente que fijar el día de su boda sería uno muy grande, se abstuvieron de pincharla sobre el asunto.

Transcurrieron semanas y semanas sin que se avanzase nada; las ropas se pasaron de moda, y al final, el capitán Roger y su señora llegaron a visitar a su madre y a presentarle a ella a su hermosa hija de dieciocho años.

Elfrida, que había descubierto que su antigua amiga se estaba haciendo demasiado vieja y demasiado fea como para resultar aún agradable, se alegró de enterarse de la llegada de una chica tan guapa como Eleanor, con la que decidió cultivar la más estrecha amistad.

Pero pronto descubrió que la felicidad que había esperado del hecho de conocer a Eleanor no le llegaría, puesto que no sólo tuvo la mortificación de verse tratada por ella como poco menos que una anciana, sino que incluso tuvo el horror de percibir una creciente pasión en el pecho de Frederic por la hija de la amable Rebecca.

En el mismo instante en el que tuvo conocimiento de dicho afecto, voló hasta Frederic, de un modo verdaderamente heroico y le balbuceó su intención de casarse al día siguiente.

A alguien que estuviera en su aprieto y que poseyera menos valor que el que Frederic poseía, ese discurso le habría supuesto la muerte; pero él, que no estaba atemorizado en absoluto, respondió valientemente:

—¡Maldita sea, Elfrida! Puede que tú estés casada mañana, pero yo no lo estaré.

Esta respuesta la angustió mucho debido a su delicada constitución. Por ello se desmayó y tuvo una sucesión de desmayos tan seguidos, que apenas tenía tiempo suficiente para recuperarse de uno antes de caer en el siguiente.

Aunque ante cualquier peligro que amenazase a su vida y libertad Frederic era tan valiente como un león, en otros aspectos su corazón era tan suave como el algodón, y, al enterarse del peligro en el que se encontraba Elfrida, inmediatamente voló hasta ella y, encontrándola mejor de lo que le habían hecho esperar, se unió a ella para siempre.